

—Pues *mia* lo que son las cosas, la tal probatina te va á costar una zurribanda de palos.

Diciendo y haciendo, sacó el machete y lo descansó de plano en los robustos hombros de su consorte.

Nuestros lectores no habrán calculado detenidamente lo que vale una fondista enfurecida.

Doña Bárbara respondió al agasajo de su esposo con su bautismo de su ensalada de pepinos.

Don Córpus contestó á ese sacramento con el de la confirmación, dándole un cachete á Doña Bárbara, que retumbó en todo el establecimiento. Mesas, cacerolas, servilletas, cubiertos y cuantos utensilios había en la fonda, volaron por la atmósfera hasta dejar la estancia como un campo de Agramante.

Abandonamos á los consortes en el *circo* del hogar doméstico, luchando como unas fieras, y nos encaminamos al campo de la liga donde pasaba un escándalo de mayor trascendencia.

CAPITULO XIII.

DEL PRIMER GOLPE CONTUSO QUE SUFRIERON LOS CONVENIOS DE LA SOLEDAD Y CÓMO SE HIZO FAFALICES EL TRATADO DE LONDRES.

I.

Felipe Cuevas y su amigo de aventuras salieron huyendo de la fonda, por temor que el contrabandista les diese su merecido, como un premio por el primer figurín; exportación de la liga extranjera.

Dirigíanse á su alojamiento, cuando vieron á un oficial francés atravesar á escape por la plaza de San Andrés y dirigirse al cuartel general.

Como la situación era de expectativa, los amigos siguieron paso adelante hasta entrar en la habitación de Coutolenne, comandante militar de la plaza.

El oficial preguntó por la autoridad, y éste se presentó al reclamo del francés.

—Señor, dijo el enviado del campo enemigo, S. E. el almirante Jurien de la Graviere, pone en conocimiento de usted,

para que se sirva dar cuenta á su gobierno, que da por terminado el armisticio y por nulos los tratados de la Soledad; en consecuencia, las tropas regresan al punto de partida, y el ejército francés queda en libertad para emprender sus operaciones.

Coutolenne respondió, aparentando la mayor tranquilidad:

—Señor oficial, ruego á usted diga á S. E. el almirante Jurien de la Graviere, se sirva concederme un término para avisar á mi superior, porque este asunto es demasiado delicado para poder dar una contestación; además, que siendo un caso imprevisto, no tengo más instrucciones que vigilar la línea que se me tiene encomendada y obrar según las mismas órdenes.

Saludó el francés y violentamente tomó el camino de Tehuacán.

II.

Coutolenne dió aviso al general Zaragoza, que se movió violentamente para estar en guardia.

El gobierno supo esa determinación con bastante sorpresa, y el ministro Doblado pidió explicaciones.

Reuniéronse los plenipotenciarios de la liga y discutieron sobre la inconveniencia de tal paso.

Los franceses trataban de llevarlo adelante, pero viendo una tenaz resistencia en el general Prim y el almirante Dunlop, dieron una explicación bien poco satisfactoria.

Saligny aclaró el mensaje, diciendo que sólo se trataba de abandonar Tehuacán por lo *insalubre del agua*; pero de ninguna manera significaba aquel paso un rompimiento.

Siempre le ha parecido á S. E. el ministro de Francia insalubre *el agua*, no opina lo mismo respecto al *coñac*.

Remendóse aquella célebre alianza; pero ya el vaso de la *intervención* estaba roto, y hay cosas que no se soldan jamás.

Los disgustos continuaban, la falta de acuerdo era absoluta, las exigencias terribles y el descontento universal.

Los españoles, enemigos naturales de los franceses, y éstos de los hijos de la Gran Bretaña, no podían vivir en paz, y las reyertas se sucedían entre las tropas y comenzaba á tomar la situación una temperatura alarmante.

Sir Charles Wyke y el general Prim conferenciaban sin contar con Saligny, declaraban hasta en conversaciones particulares, que las reclamaciones de Francia eran injustas, y

que el negocio Jecker no podía ampararse á la sombra de las naciones aliadas.

La llegada del Conde de Lorencez había puesto en conflagración más terrible aquellos disímbolos elementos.

Gasset, aquel célebre general que dió una proclama que ocupaba menos espacio que sus títulos y condecoraciones, estaba de regreso en la Habana, como la primera víctima; porque la España se había descartado en esa célebre cuestión entablada por las dos naciones signatarias, sobre haberse adelantado en la expedición, queriendo llevarse la gloria de un soñado triunfo.

La llegada de los emigrados traía revuelto el campo, el Conde de Lorencez no estaba de acuerdo con Almonte, ó por lo menos lo aparentaba.

El padre Miranda y Haro y Tamariz conspiraban descaradamente y las proclamas y planes de Almonte circulaban con profusión.

En ellos, según la antigua monomanía del bastardo de Morelos, se proclamaba primera persona del gobierno en ciernes.

De todo aquel *mare magnum* salía un vapor de *monarquía* muy pronunciado.

Los periodistas franceses y españoles no dejaban su tono de conquista, y todo aquel laberinto formaba una tempestad próxima á desgajarse.

El choque de los intereses encontrados producía el rayo y en el incendio se libraría el más avisado.

Soplaba el vendabal, la mar inquieta de la política se agitaba terriblemente y todo amenazaba una catástrofe.

El campo de los aliados era una torre de Babel, de donde saldrían en dispersión todos los que se habían reunido para devorar una nacionalidad agonizante en aquellos momentos.

Aquella catarata comprimida debía romper las márgenes que la encarcelaban; era la nube que espera romperse por un sólo punto, para caer en torrentes sobre la montaña y abrir un surco indeleble.

III.

El 9 de Abril de 1862 se reunieron los plenipotenciarios en una junta preliminar, para abrir las conferencias con el Gobierno Mexicano.

En esa junta debían exponer con toda claridad las reclamaciones y exigencias de los respectivos gobiernos, para presentarlas á los comisionados de la República.

La cita era para las 9 de la mañana y el punto de reunión el alojamiento del Conde de Reus.

Abrióse al fin la sesión última de los plenipotenciarios.

El marqués de los Castillejos pregunta á sus colegas si se hallan en disposición de seguir obrando según el tratado de Londres y los convenios de la Soledad.

Mr. de Saligny, con esa exaltación febril que lo distingue, dijo con tono altanero, ajeno sin duda de aquellos momentos en que se interesaban las naciones europeas y la nacionalidad mexicana:

—La Francia permanece fiel á la convención de Londres, pero desconoce los tratados de la Soledad.

—Según esa estipulación nos encontramos en esta ciudad, observó el ministro inglés.

—Ese es un hecho, repuso Saligny; pero el Gobierno Mexicano los ha roto y creo que nosotros no estamos obligados; además, las exigencias son verdaderamente inoportunas; Juárez pretende que reembarquemos á los mexicanos emigrados y no es posible consentir en ese absurdo.

—Toda vez que hemos reconocido como gobierno legítimo la actual administración, dijo Prim, es necesario estimar como justas sus reclamaciones. Almonte y sus compañeros vienen á trastornar la paz pública, á poner dificultades á la situación creada por nosotros.

—S. M. el Emperador, contestó el almirante Jurien de la Graviere, tiene en alta estima al general Almonte, y cree indisputable su derecho para ayudar al establecimiento de un gobierno que dé honra á su país.

—No es esa nuestra opinión, observó Wyke.

—Además, que el Gobierno Mexicano responde á las palabras de concordia, añadió Saligny, con ejecuciones horribles, como el asesinato de Robles Pezuela.

—Ajena es, dijo Prim, al objeto que nos reúne, entrar en la apreciación de la conducta del Gobierno Mexicano; se trata simplemente de ponernos de acuerdo para presentar nuestras reclamaciones.

—Señores ministros de la Inglaterra y de la España, dijo Saligny, es necesario que sepan de una vez SS. EE., que la Francia no entrará más en pláticas con el llamado Gobierno de México, y que sus tropas salen hoy mismo á sus antiguas posiciones para emprender libremente sus operaciones.

—No es esto lo estipulado, dijo Prim, encendido en cólera; no haré pasar á la España por un papel indigno, borrando esos preliminares que ayer he firmado en su nombre.

—Soy de la misma opinión, añadió sir Charles Wyke.

—Los plenipotenciarios franceses *no han firmado* los tratados de la Soledad, dijo Saligny.

Levantóse Prim en un acceso nervioso; su caballerosidad se negaba á creer tanta audacia.

—¿Que no habéis firmado, señor ministro? dijo exaltado el Conde de Reus.

—Ya lo he dicho, repuso Saligny con todo el descaro de un bribón.

—¿Y esta firma, caballeros? dijo Prim mostrando los protocolos al Conde Dubois de Saligny.

—Esa firma vale menos que el papel en que se halla puesta.

Saligny respondió como Carlos V cuando no quería cumplir con un tratado á cuyo calce se encontraba su firma: "*Io desfirmo.*"

Sir Charles Wyke dió una mirada de profundo desprecio al ministro francés.

El conde de Reus no pudo tolerar tanta impudencia.

—Señor ministro francés, gritó con voz terrible, si no os retiráis de aquí al instante, tenemos un mal momento.

El general Prim estaba á punto de obofetear al representante de la Francia.

La diestra del valiente general se hubiera manchado con el rostro de ese miserable.

Saligny hizo lo que los cobardes, se encogió de hombros y dirigió con acento sarcástico estas palabras al conde de Reus:

—Extraño que vos queréis transar con el Gobierno Mexicano, cuando sois de opinión que entre al solio del nuevo imperio un *soldado de fortuna*.

—Comprendo, Sr Saligny lo amargo de vuestras palabras; pero yo he hablado refiriéndome á un mexicano y de ninguna manera á mi persona, y os advierto que no toleraré más esas palabras equívocas y os exijo desde luego una satisfacción.

Saligny temblaba ante el marqués de los Castillejos.

—Señor, le dijo, yo no soy más que el eco de un rumor público, pero no dudo de la falsedad de especie tan grosera.

—Señor ministro, dijo Prim, dirigiéndose al Sr. Charles Wyke, la Francia se separa por completo del tratado de Londres, y la España no puede presenciar la violación del derecho de gentes, ni de los tratados que hemos signado en nombre de la Europa sin comprometer su honra; en consecuencia, la escuadra española se retira y hoy mismo doy órdenes para el reembarque de las fuerzas.

—Señores, dijo Jurien de la Graviere, la Francia quiere establecer la monarquía en México, como la única base de un gobierno fuerte y duradero.

—Esa es una declaración de guerra á México, respondió Prim, que no está en el pensamiento del convenio de Londres.

—No es esa nuestra misión, replicó el ministro inglés, la

convención dice que los mexicanos son árbitros de sus destinos y la Inglaterra no apoyará ninguna pretensión y menos aún, después de los preliminares ajustados en la Soledad.

—Esas convenciones fueron aceptadas para dar tiempo á que llegasen las instrucciones de Francia.

—No fué ese nuestro sentir, ni lo es aún, señor almirante.

—Veo que no estamos de acuerdo en la interpretación del convenio de Londres, añadió el conde de Reus.

El Conde Lorencez trae nuevas instrucciones y marchará sobre la capital.

—La Inglaterra, exclamó Wyke, no puede oponerse tratando de apoyar á un gobierno que se halla no obstante en su derecho de repeler la fuerza con la fuerza; pero no se hará cómplice de un atentado: doy por suspensa la convención de Londres en nombre de mi país, y me retiro con la escuadra inglesa.

Levantóse el conde de Reus y escribió estas líneas, que propuso en seguida á sus colegas; fueron firmadas en el acto y enviadas al Gobierno de México:

"Orizaba, Abril 9 de 1862.— Los plenipotenciarios de S. M. la Reyna de la Gran Bratana, de S. M. el Emperador de los franceses y de S. M. la Reyna de España, tienen el honor de comunicar á S. E. el señor ministro de Relaciones Exteriores de la República Mexicana, que no habiendo podido ponerse de acuerdo acerca de la interpretación que debe darse, en las circunstancias actuales, á la convención de 31 de Octubre de 1861, han resuelto adoptar en lo de adelante una acción completamente separada é independiente.

"Por consiguiente, el comandante de las fuerzas españolas va á tomar inmediatamente las medidas necesarias para reembarcar sus tropas.

"El ejército francés se concentrará en Paso Ancho, tan luego como las tropas españolas hayan pasado de esta posición, es decir probablemente hacia el 20 de Abril, comenzando en el acto sus operaciones.

"Los infrascritos se apresuran á aprovechar esta ocasión para ofrecer á S. E. el señor Ministro de Relaciones Exteriores, las seguridades de su alta consideración.—C. Lenox Wyke. —Hugh Dunlop.—A. de Saligny.—E. Jurién.—El conde de Reus. —A S. E. el Sr. Doblado, Ministro de Relaciones Exteriores.

—Los buques franceses, dijo Saligny, están á la disposición del señor Conde de Reus, para el reembarque de las tropas españolas.

—Caballero, la España tiene sus transportes, y en todo caso acepto la oferta de S. E. el ministro inglés, para el evento de necesitar de algunos buques.

Saligny estaba quemado á desaires.

IV.

Luego que los plenipotenciarios dejaron el alojamiento del marqués de los Castillejos, éste citó á los jefes del ejército español para comunicarles la ruptura del tratado de Londres.

Aquella juventud que había soñado en las hazañas del siglo XVI y tenía por sola ilusión ver en los palacios de Motezuma los estandartes españoles, quedó muda ante las palabras del Conde de Reus.

El bravo general conservaba ese reposo que se le ha visto en las ocasiones solemnes, en la víspera de sus batallas ó después de sus grandes victorias.

Recordó las estipulaciones de la convención y los nobles pensamientos de las naciones signatarias.

—Dios no ha querido, dijo con una convicción profunda, que se realizaran nuestras ideas; tal vez no ha llegado aún la hora de salvación para este desgraciado país.

El general Prim, que como todo ser humano, no estaba en los designios de la Providencia, ignoraba que la ruptura de aquel pacto nefando, era precisamente la salvación de la república.

El Conde de Reus dijo á los jefes de su ejército cuando había pasado en la última conferencia, manifestándose indignado por la conducta de los plenipotenciarios franceses.

—Nosotros, dijo, no podemos adherirnos á esa política, porque España no es una nación que se deja remolcar á voluntad por nadie: no debemos oponernos con la fuerza á esos proyectos, no debemos autorizar con nuestra presencia el quebrantamiento de todo lo que se ha convenido; y no podemos tampoco ser pasivos espectadores de una lucha entre franceses y mexicanos: debemos, pues, retirarnos de este país dejando que el mundo juzgue de nuestra conducta y de la que nos obliga á tomar esta resolución. Yo les dejo la responsabilidad de este acto, sobre el cual caerá muy pronto el fallo de la opinión en América y en Europa..... La historia juzgará entre ellos y nosotros.

El general Prim hacía bien, invocando el juicio del porvenir.

La historia ha fallado, condenando á los hombres de la sangre y de la ambición.

La España y la Inglaterra volvía al continente con una bandera sin mancha, mientras las naves de Nopo'eón III atravesarían tres años después las aguas del Atlántico como una expedición de piratas en fuga y derrotada.

CAPITULO XIV.

DONDE SE DEMUESTRA QUE LOS FRANCESES EN MATERIA DE
"PALABRAS DE HONOR," ESTABAN Á LA MISMA
ALTURA EL AÑO DE 8 EN ESPAÑA, QUE EN MÈXICO EN 1862.

I.

El guante estaba recogido aun antes de caer en la arena.

La Francia quedaba sola en el territorio mexicano y la lucha debía comenzar con aquel rencor con que se defiende una nacionalidad batida por un enemigo poderoso.

Las antiguas simpatías con la nación francesa quedaban extinguidas como el fuego de un volcán después de su erupción.

Nada mediaba ya sino odio y anatema, venganza y resentimientos.

El viejo continente enviaba á sus aventureros en bandadas, no traían ya como en otros tiempos la *fè de Jesucristo*, sino la enseñanza de la *paz*, como si alguien se las demandase.

Pobre Europa, era la anciana que quería ataviar á la nieta con las galas que le habían servido en antaño, haciendo de ella una caricatura; pero una caricatura sangrienta.

El partido del retroceso se adhirió á la intervención de una manera pasiva, tenía miedo al ver la imponente actitud que guardaba la nación al proclamarse la ley marcial y ante los preparativos de la gigante guerra que iba á desatarse, en los vírgenes campos del Nuevo Mundo.

Una horda salvajes de verdugos y de asesinos paseaba sus harapos ensangrentados en las encrucijadas y desfiladeros de las montañas: aquella sangre estaba humeante, el general Alatríste fué sorprendido por la cuadrilla de Márquez, y fusilado impiamente y colgado su cadáver de las ramas de un árbol.

Aquellos miserables formaban lo que se quiso llamar ejército reaccionario por Almonte.

Entre aquellos hombres hubo algunos que desertaron á la hora de reunirse con el extranjero.

Sin embargo, nada había más lógico que aquella liga.

El general Zaragoza había llegado á Jalapa, donde dió una proclama, aceptando la lucha y llamando en su derredor á los mexicanos.

He aquí algunas palabras de ese hombre que la historia ha immortalizado, y que auguraban una próxima victoria.

“Contra un pueblo orgulloso de su historia y que apenas ha un año que conquistó sus libertades, nada vale, nada le intimida, porque ese pueblo que tiene la convicción de su dignidad, sabrá repeler tan temeraria agresión y *agregará una página* á sus brillantes anales.

“México acepta la guerra, no la ha provocado, pero la acepta con honra y se gloria de haber cumplido fielmente su palabra empeñada en aquellos preliminares. La fé ha sido burlada, y las desgracias de la guerra pesarán sobre la nación que injusta y despiadada pretende su esclavitud. Las naciones, el mundo entero, nos hará justicia, y si la fortuna nos es adversa, si perecemos con gloria en la demanda, la posteridad recogerá solfeita nuestros nombres é imitará nuestro ejemplo.”

Quando un pueblo lucha por la independencia, no mide el número de sus adversarios.

II.

En la plaza de Córdoba se habían reunido las tropas francesas y las españolas que iban de retirada rumbo á Veracruz.

Ya nuestros lectores están enterados del odio irreconciliable que medía entre estas dos nacionalidades.

Pasaba un sargento de los Cazadores de Isabel II acompañado de tres soldados, frente á uno de los cuarteles de la tropa francesa, cuando los soldados de la guardia simultaneamente y en tono de broma, imitando el toque del clarín, tocaron *trote* y después *escape*.

El sargento se detuvo y dirigió unas palabras en castellano á los franceses, entre las que iba mezclada la de *gabachos* que fué entendida á las mil maravillas.

—¡Vive Cristo! dijo el sargento, que hoy despanzurro á un *franchute* como se atreva á salir de su escondite.

Desprendióse un zuavo que se encaró al español, comenzó una plática en francés y castellano sin que pudiera comprenderse otra cosa por ambas partes, que lo que se decían eran recíprocos insultos.

—Aquí está Manolo Barboa, gritaba un soldado, que se ha batido en Africa y no le tiene miedo á estos fanfarrones.

La cuestión pasó de la lengua á las manos, el español atravesó al zuavo de parte á parte con la espada.

Al ver caer á su compañero, tomaron sus armas los franceses é hicieron fuego sobre los españoles, el sargento quedó

muerto en el acto; Manolo Balboa pidió auxilio á su cuartel y comenzó una zambra de bayonetazos y balazos que puso en movimiento á la ciudad.

Mereced á los esfuerzos de los jefes pudo contenerse el motin.

Manolo limpiaba la hoja de su espada en el pantalón y echaba más fanfarronadas que gotas trae un aguacero.

Luego que el andaluz se retiraba para su cuartel, dos jóvenes de la ambulancia mexicana lo detuvieron.

—Esto es otra cosa, dijo Manolo, vosotros sois mexicanos y yo soy todo un hombre; con que hablen, que tengo que presentarme arrestado.

—Usted es un valiente, dijo Felipe Cuevas, y merece pertenecer á nuestro ejército.

—Como que ganaría mucho en ello, repuso Manolo atusándose los bigotes.

—Bien, es necesario que se vaya usted con nosotros que salimos para Orizaba.

—¡Quiá! yo no dejo mi cuerpo ni por el tesoro del mundo.

—Es que ustedes ya no pelean con nosotros, y más vale quedarse en México que ir á pasar trabajos á la Península.

—No está mal pensado; pero si me pescan me guindan.

—Eso no importa.

—¡Yal!

—Nosotros lo presentamos al general, será usted nuestro amigo y compañero.

—Bien, á mí me mandaron á tomar México, eso era muy fácil para mí, con extender la mano era negocio hecho; pero no me dió la gana de ejecutarlo, y se acabó.

A los estudiantes les había caído en gracia el andaluz y procuraban á todo trance llevárselo consigo.

—Miren ustedes, decía el andaluz, yo me las voy con cualquiera: pero mi general Prim tiene muchos hígados.

—Sale hoy para Veracruz.

—Bien, entonces me quedo; pero si me atrapan me rompen el bautismo.

—¿Y esa espada?

—Hombre, les juro que no me acordaba, con ésta no hay miedo de que pase nada; con que vamos donde gustéis y pronto, porque se me está poniendo volver á la carga con los *gabachos*, y hago otra que suene.

Los estudiantes se llevaron al andaluz y lo trasformaron en un momento, poniéndole el uniforme de la ambulancia.

III

—¿Qué ruido es ese, paisanos?—preguntó Manolo alarmado.

Los estudiantes se asomaron á las ventanas del hospital y vieron una especie de *vítor*, seguido de una música ratonera, en que un hombre iba repartiendo impresos como los payasos de las funciones olímpicas y los bufones de las corridas de toros.

Santiago González tomó uno de aquellos papeles, que era nada menos que una proclama de D. Juan N. Almonte, en que descaradamente se proponía como candidato á la suprema magistratura,

El señor Almonte decía que los señores extranjeros sólo deseaban el bien de la nación, y que debíamos confiar enteramente en ellos, que estaban dispuestos á sostener un nuevo gobierno.

—Maldito indio...dijo Santiago...es más traidor que Izca-riote, si lo ha sabido el señor cura lo extrangula como tres y dos son cinco.

—¿Qué pasa?—preguntó Felipe.

—Que el negocio se enturbia, me parece que los *gabachos* no cumplen con los tratados y nos espetan al indio Almonte á la cabeza de un motín; mira la proclama, y este otro papasal de Saligny y Jurien de la Graviere.

—Estos franceses tienen la música por dentro, si no nos marchamos de Córdoba, nos eclumpian de una cuerda.

—¿Y nuestros enfermos?

—Que se quejen en francés para que los cure esa detestable ambulancia.

—No, yo no los abandono.

—Todo queda arreglado, me marcho con Manolo y te espero en Orizaba.

—¿Y si me aprehenden?

—Entonces te esperaremos y no llegas.

—Bien, esta noche te largas, y punto concluido.

Luego que llegó la noche, Santiago González y Manolo tomaron en dos *rocinantes* el camino de Orizaba, donde la fortuna les preparaba otra emoción.

El andalúz no había montado á caballo ni una sola vez en su vida; y si no había montado, menos en *silla vaquera*.

A la media legua ya estaba fatigado, y á la legua y media pedía misericordia.

—Esta jaca, decía agarrándose con todas sus fuerzas de la cabeza de la silla, me ha desconocido, se mueve de una manera extrajudicial.

—No variés de postura, aconsejaba Santiago González á su compañero.

—¡Diablo! si no encuentro una que me acomode, y ya me escuece este maldito trote.

—Estamos cerca de la posta.

—Ya estoy cerca del hospital, me parece que se me va á voltear la *cartuchera* de las provisiones.

—Animo, Manolo, y dale con la cuarta al caballo.

—¡Eso nunca! si se incomoda me pega un zopapo que no lo cuento.

El andalúz se sentía desfallecer, los pantalones se le habían arrollado hasta los muslos, había perdido una bota, y llevaba ese dolor que se llama de *caballo*.

En un punto del camino llamado el *Fortín*, se apearon los viajeros para tomar un refresco.

—No compra usted mantequilla?—preguntó con sorna la fondera á Monolo.

—Y qué bien que la necesito; pero no en el pan sino en el pellejo, respondió el andalúz, que estaba con las piernas más rígidas y abiertas que las de un compás.

IV.

El día 18 de Abril, dice un testigo presencial, se pasó la mañana en el reconocimiento de los puntos cercanos, y en la tarde, el general Zaragoza, acompañado de sus ayudantes, entregó en medio de un silencio solemne y religioso, al batallón *Morelos*, la bandera enviada como un obsequio por el Señor Juárez.

El general dirigió una breve alocución, la tropa, llena de entusiasmo, juró derramar la última gota de su sangre en defensa de ese estandarte sagrado, símbolo de la nacionalidad mexicana.

Pocos momentos después llegó el brigadier Milans con su estado mayor á hacer una visita de despedida al campo republicano.

La tropa, que aun estaba formada, hizo algunas manobras en su presencia, mereciendo elogios del bravo coronel.

Pasó luego á la casa del general donde fué obsequiado con algunas botellas de champaña: que enardecieron los ánimos, cambiándose entusiastas y sinceros brindis.

Por un momento aquello tuvo el aspecto de una fiesta de familia, cuyos miembros iban á separarse acaso para siempre.

Zaragoza despidió á sus huéspedes hasta la entrada de Orizaba, en este tramo, Milans suplicó por última vez al general,

por la Virgen de la O, estas fueron sus palabras, que estuviese listo porque temía alguna traición de los franceses y maquinaciones de los reaccionarios.

V.

El 19 comenzaron á salir del Ingenio las fuerzas republicanas para situarse á la entrada de Orizaba, donde debían de aguardar al general Zaragoza.

La tropa cargó sus armas y esperaba con entusiasmo cualquiera incidente para la lucha.

Zaragoza se detuvo un momento con el general Díaz dándole algunas órdenes y prosiguió su marcha hasta la casa del general Prim, donde permaneció hasta que la brigada de Oaxaca pasó por enfrente en columna de honor.

La tropa iba á acampar al llano de Escamela que se halla á la salida de Orizaba, camino de Córdoba.

Zaragoza arregló personalmente su campo, y en la tarde regresó, dando orden al teniente coronel Díaz, de la caballería de Oaxaca, de avanzar hasta el Fortín, distante dos leguas y media de la plaza, como una avanzada de observación.

El coronel Félix Díaz con una caballería, llegó al sitio donde estaban los oficiales de la ambulancia.

—¿Qué hay de nuevo, compañeros?

Manolo no pudo ni contestar, estaba tan cansado que no tenía tiempo suficiente para quejarse.

—Nada y mucho, contestó González, el traidor Almonte prepara un mamotreto y es necesario que mi general Zaragoza vea estos papeles.

Félix Díaz vió la proclama y movió la cabeza diciendo: malo: malo, me huele á que nos rompemos los cuernos con estos infames.

Inmediatamente salió un extraordinario para el cuartel general.

No bien se habian sentado á la mesa los amigos á tomar un ligero almuerzo, cuando el jefe de la escolta dió parte al coronel Díaz, de que se avistaban tropas francesas.

Manolo que oyó el parte; saltó ligero sobre el caballo, olvidándose de su situación lastimosa.

Félix Díaz y González se pusieron en espera de los acontecimientos.

Una partida de cazadores de Africa se precipitó sobre los soldados mexicanos acuchillándolos cuando menos lo esperaban.

Trabóse un reñido combate en el que Díaz fué hecho pri-

sionero y algunos de sus soldados, mientras los otros estaban fuera de combate no sin haber causado pérdidas al enemigo.

Aquella conducta no tenía nombre: derramar alevosamente la sangre de un enemigo generoso quebrantando un armisticio, es una acción enteramente francesa. En aquellos momentos atravesaba la carretela que conducía á la familia del conde de Reus. Saltó del carruaje el brigadier Milán de Boch y se indignó á la presencia de aquella escena de sangre y de infamia.

—Caballero, dijo al jefe francés, este es un atentado horrible.

—Yo he venido, respondió éste, en son de guerra, estoy en mi derecho, la escolta ha hecho armas y la he batido.

—Es una falsedad, dijo el coronel Díaz, arrojando espuma por la boca, ahogado de la rabia, yo he sido atacado cobardemente por estos miserables.

—¿Y hacia dónde se dirigen ustedes? preguntó el brigadier al francés.

—Vamos á salvar á nuestros enfermos de Orizaba que los asesinan en los hospitales.

—Esto es horrible, exclamó Milans, yo ruego á usted que deje en libertad al coronel, ha venido á guardar la carretera y no es justo este tratamiento.

Merced al empeño del brigadier, se puso en libertad á Díaz, que juró por lo más sagrado del mundo no dejar con vida al francés que cayera en sus manos.

González y Manolo Balboa siguieron el camino por la vereda, asustados de aquella matanza.

VI

Al desocupar las tropas francesas la ciudad de Orizaba, dejaron bajo el pretexto de enfermedad, á seiscientos soldados y una fuerte escolta para custodiar el edificio, haciendo un total de mil y tantos hombres.

Ya la traición que ha cubierto de baldón la bandera de la Francia, estaba en el pensamiento de los comisarios, que habían tenido miedo al ver las formidables posiciones del Chiquihuite que serviría de dique á su avance agresivo, y de tumba á sus victorias.

Comprendieron que no podían tomar esas posiciones en son de guerra, ó tendrían que librar un combate desesperado y sangriento, y se determinaron á violar con la más cobarde de las traiciones el pacto solemne de volver á Paso Ancho allende la cordillera de la Mesa Central.

El general Zaragoza tenía situada su fuerza en los llanos de Escamela y estaba con la parte de su ejército en las goteras de la ciudad, cuando recibió pliegos del Conde de Reus en que se le avisaba de la conducta desleal de los franceses y la trama de Almonte que ponía á la luz las intenciones hostiles de la intervención.

Recibió al mismo tiempo el parte de Díaz, y replegó sus fuerzas en actitud de expectativa al *Ingenio*.

Los franceses no sólo se rehusaron á desocupar Córdoba, sino que caminaron sobre Orizaba en una marcha violenta, apoyándose en los mil *enfermos* que salieron buenos y sanos y armados á sostener el movimiento.

He aquí la impudencia en una de sus fauces más groseras, consignada en la proclama de Laurencez y que presentamos al juicio de la historia:

"Mexicanos: A pesar de los *asesinatos* cometidos en mis soldados; y de las proclamas del gobierno de Juárez excitando á esos atentados, *quería* cumplir fielmente hasta el último momento las obligaciones contraídas con los plenipotenciarios de las tres naciones aliadas; pero recibí del general Zaragoza una carta, por la cual la seguridad de mis enfermos dejados en Orizaba bajo la salvaguardia de las convenciones, se encontraba indignamente amenazada.

"Ante semejantes hechos no había que vacilar; he tenido que marchar sobre Orizaba á proteger mis *enfermos* amenazados por tan vil atentado.

"No por eso deberá inquietarse la nación mexicana, pues la guerra se ha declarado solamente á un gobierno infame que ha cometido contra mis compatriotas ultrajes inauditos, por los cuales, creedme, sabré obtener la debida reparación.

"Orizaba, Abril 20 de 1862.—El general en jefe del cuerpo expedicionario de México.—El Conde Laurencez."

A ningún corazón honrado satisface esa disculpa grosera, inventada por la cobardía y la traición.

Aquel primer paso, fué también el primer acto de la farsa sangrienta que ha desolado á nuestro país.

Esos caudales empleados en las fortificaciones de esa inexpugnable línea de defensa, habían sido infructuosos, y ojalá que importase solamente el numerario, nuestras inagotables minas nos hubieran indemnizado; pero aquella infamia sin nombre dejaba al ejército en una situación verdaderamente terrible, porque la segunda línea aun no estaba concluida, el general Zaragoza creía seguro detener al enemigo en las gargantas del *Chiquihuite*, y repentinamente veía cambiado su plan de operaciones.

La historia ha fallado, y la Francia registra en sus páginas un acontecimiento más de deshonra, que desgraciadamente no importa una novedad en sus recuerdos patrios.

CAPITULO XV.

DE LA MANERA CON QUE SE CONFECCIONA UN JEFE SUPREMO.

I.

Santiago González y Manolo Balboa seguían apresurados en su camino hasta entrar en Orizaba, donde creían encontrar á sus compañeros.

—La tierruja anda revuelta, decía el andaluz.

—Vamos sobre fuego, amigo mío, usted no conoce el país, aquí se juega la vida tres veces por hora.

—Caracoles, esto no pasa en España, allí se muere uno en toda regla; pero no importa, donde se me suba á la cabeza todo lo Manolo, hago una que suene.

—Más vale que no se le suba á usted nada, porque en un descuido nos ahorcan.

—Sólo porque usted me lo suplica, me estaré quedo; pero tentaciones me dan de arremeter, y..... puñaláa!.....

—Entérese usted primero del terreno que pisa y luego hable ó haga lo que le parezca, entretanto, ya sabe por lo que pueda ofrecerse, que es usted ayudante del Cuerpo Médico.

—Eso me viene de perilla; yo, antes de entrar en *quinta*, estaba de criado en una botica, donde hice progresos tan rápidos, que mi amo descuidaba completamente la farmacia cuando Manolo Balboa estaba en la tienda.

—Yo me felicito de hallar un compañero.

—Es que un día, cuando menos lo pensaba, se presentó la autoridad disfrazada, pidió una receta, y la despaché con tal acierto, que mandaron cerrar la botica y á mí se me prohibió desempeñar la profesión.

—Venga un abrazo, ¡amigo mío! dijo con entusiasmo González, estamos á la misma altura de Galeno.

—¿Quién es ese señor?—preguntó el andaluz.

—Siempre está más atrasado que yo, murmuró González.

—Echémonos fuera de la posada y busquemos á los camaradas.

—Sí, respondió González, que estoy inquieto con el lance de los cazadores de Africa.

Los dos amigos salieron del mesón, pero á los primeros pasos notaban que algo de grave iba á acontecer